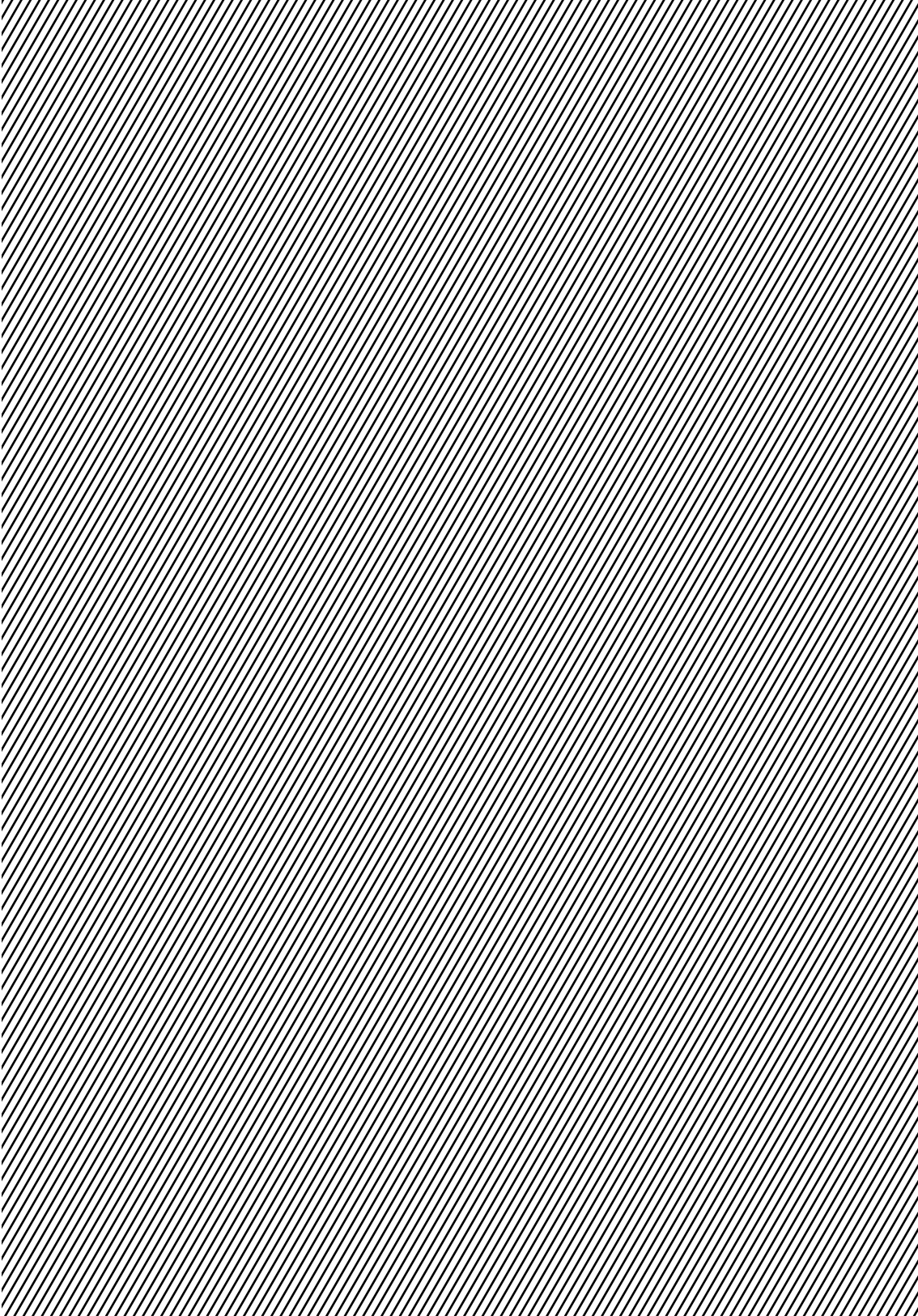


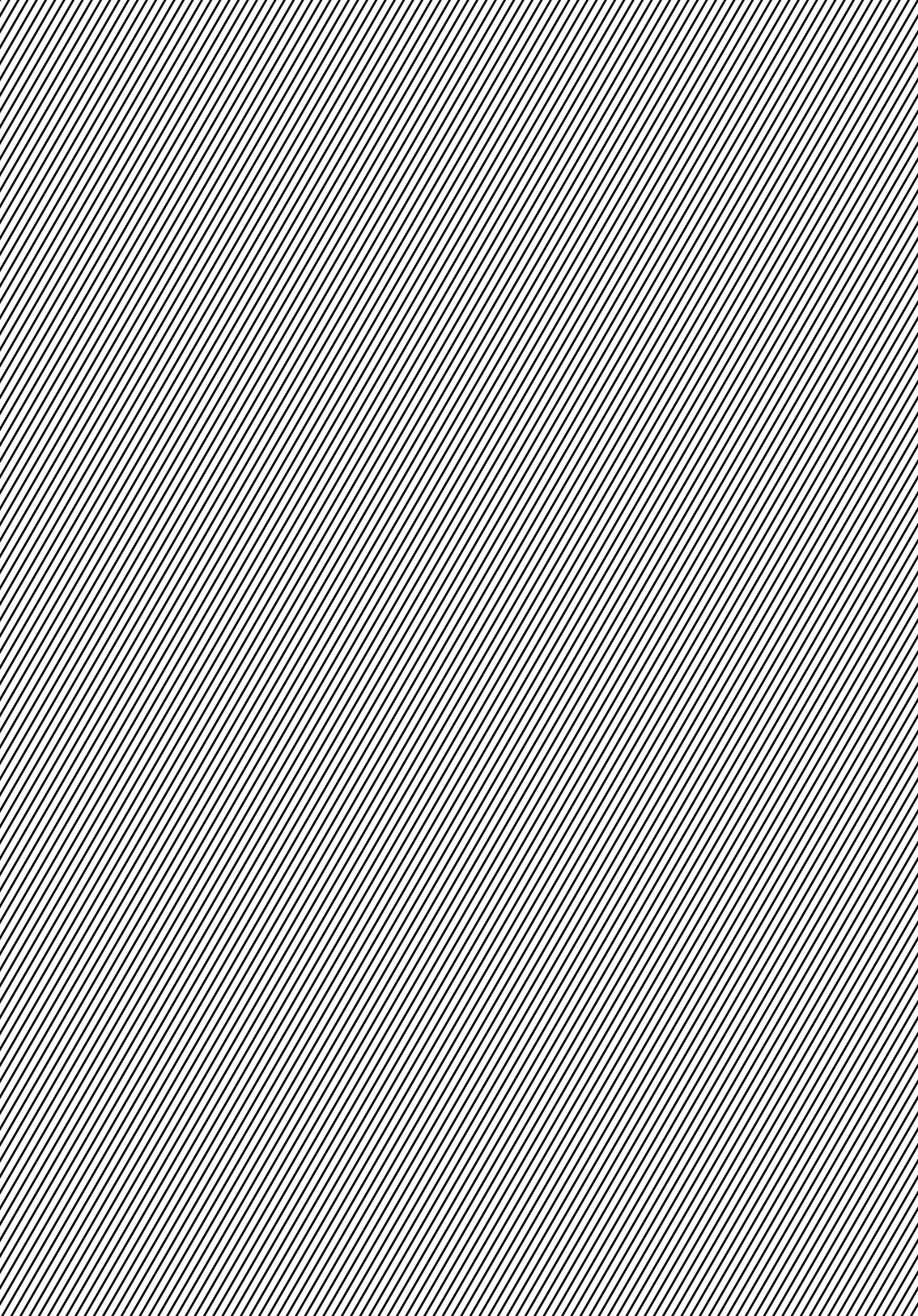
A close-up, high-contrast photograph of an owl's face. The owl's eye is the central focus, showing a vibrant orange and yellow iris with a dark pupil. The feathers are dark and textured, with fine details visible. The lighting is dramatic, highlighting the texture of the feathers and the intensity of the eye.

**CARLOS  
TAIBO**

NEGRA EDICIONES

**EL  
LECTOR  
DESMEMORIADO**







negra ediciones



Carlos Taibo

# El lector desmemoriado

Desventuras de un bibliofrénico

*El lector desmemoriado*. Primera edición, octubre de 2020

© Carlos Taibo, 2020

© NEGRA EDICIONES, 2020

Negra Ediciones es un sello editorial de Negra Edición Gráfica

Calle Azorín, 2. Las Rozas de Madrid. 28231 Madrid

[www.negraediciones.com](http://www.negraediciones.com)

Fotografía de cubierta: Getty Images

Diseño y maqueta: Negra

ISBN: 978-84-122522-0-0

Depósito legal: M-24252-2020

Este libro tiene una licencia Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Sin obra derivada 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND4.0). Para ver una copia de esta licencia visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es> o envíe una carta a Creative Commons, PO Box 1866, Mountain View, CA 94042, USA.



Esta licencia permite copiar, exhibir e interpretar este texto siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones.

- Autoría-Atribución. Deberá respetarse la autoría del texto. El nombre del autor deberá aparecer reflejado en todo caso.
- No Comercial. No puede usarse este trabajo con fines comerciales.
- Sin obra derivada. No se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso de distribución del texto. Estas condiciones solo se podrán alterar con el permiso expreso del autor.

Impresión: Tórculo Comunicación Gráfica. Vía Edison 33-35. Santiago de Compostela. 15890 A Coruña  
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

## Desventuras de las firmas de libros



Recupero hoy tres anécdotas relativas a materia tan espinosa como es la firma de libros. La primera me obliga a recordar que hace años se me acercó, para que le firmase una de mis obras, un conocido dirigente —esquivemos nombres— de la izquierda española, que por lo visto no se hallaba, en materia de sentido del humor, en el mejor momento. Escribí en la primera página lo que de vez en cuando se me ocurre proponer en estos casos: «A xxx, en la certeza de que la lectura de este divertidísimo libro le ayudará a resolver sus —seguro que muy livianos— problemas de insomnio». El buen hombre tomó el volumen en sus manos, leyó la dedicatoria y, lacónico y más bien malhumorado, se limitó a apostillar: «Yo no tengo problemas de insomnio». Perdone usted.


Recuerdo, y va la segunda historia, que en la década de 1990 publiqué un libro sobre Rusia que, para variar, se vendió soberanamente mal. Un buen día acudí a Valencia a dar una charla y antes de tomar la palabra se aproximó una joven, casi una adolescente, que me pidió le firmase un ejemplar del libro en cuestión. Estuve a punto de hacerle una propuesta deshonesta y de decirle: «Mira, tú eres en los hechos la única compradora de este libro. ¿No te importaría firmármelo tú a mí?». Intuí que no lo iba a entender y, pundonorosamente, firmé el ejemplar. Ahí acabó mi audaz ejercicio de seducción.

Años atrás Jorge Riechmann contó, en fin, que, con ocasión de una concentración que se desarrollaba en la Puerta del Sol madrileña, lo abordó un hombre que le preguntó si era Carlos Taibo. Con muy buen criterio, y franco respeto por la verdad, Riechmann le respondió que no. «¡Qué pena!», replicó su interlocutor, no sin agregar que era portador de uno de mis libros y que le hubiese gustado que yo —supongo—



se lo firmase. Inmediatamente Riechmann se percató de que, en este universo de desencuentros, el libro de autos no era mío, sino del escritor hispano-mexicano, del que ya he hablado, Paco Ignacio Taibo II. De nuevo con buen criterio, y ante tanto contratiempo, Jorge se ofreció, pese a todo y dignamente, a firmárselo. No aclaró, eso sí, si lo hizo con su nombre, con el de Paco Ignacio Taibo II, con el mío o con cualquier otro. Poco importa.

## Tocar y pisar la tierra



Nunca me dio por ser cosmonauta, o astronauta, o como se diga. Pero de vez en cuando pasó por mi cabeza la idea de que, de haberlo sido, habría conocido el planeta entero. Desde la atalaya de mi vehículo espacial habría visto Japón, las islas Fiji, Eritrea, Groenlandia, el desierto de Kalahari y la península de Kola. Antes de que alguien me recuerde que esa manera de *ver* no deja de ser singular, replicaré que, al cabo, nadie podría negar que había tenido delante de mi retina, sin intermediarios, esos y otros muchos espacios geográficos.

Cuento ahora lo anterior porque en la literatura hay ejemplos sobrados de gentes que han pasado por una experiencia en algún grado similar a la que intuyo habría sido la mía. Una experiencia, ciertamente, menos agradable, por cuanto en su caso no podían tocar ni pisar lugares que consideraban, por muchos motivos, que eran los suyos y con los que a buen seguro mantenían relaciones emocionales muy fuertes. Estoy pensando, para entendernos, en las consecuencias, dramáticas, de represiones y exilios.

Propongo dos ejemplos de lo que quiero decir. El primero nos lo regala un poema de Rafael Alberti publicado en un libro que, si no mal recuerdo, se titula *Retornos de lo vivo lejano*. Tal y como se presenta hoy a mis ojos, el poeta viaja en barco, desde su exilio bonaerense, camino de Italia. O regresa de ésta. En un determinado momento surca las aguas del sur andaluz, se enfrenta, en singular, con la mole de Sierra Nevada y recuerda, qué menos, la Granada de un poeta asesinado en 1936. Lo que Alberti ve es la Sierra Nevada real aunque, claro, no pueda —lo repito— ni tocarla ni pisarla. El segundo remite a un lance parecido, que en este caso protagoniza el escritor gallego Rafael Dieste. De nuevo su barco, que intuyo procedía también del Buenos Aires de todos

los exilios, surca, en la distancia, la costa de Galicia, sin que el autor de *Dos archivos do trasno* (De los archivos del trasgo) e *Historias e invenciones de Félix Muriel* pueda hacer otra cosa que imaginar las playas y los puertos de su ría de Arousa. No sé si hay que sacar alguna prudente conclusión del hecho de que el poeta meridional, Alberti, viajase, Mediterráneo de por medio, camino de Italia, en tanto en cuanto el escritor septentrional, Dieste, buscase en cambio los puertos de Inglaterra y del norte de Francia.

Me acordé de Dieste la única vez que, en barco, y al amparo de una experiencia fallida, recorrí las costas de Galicia. El buque iba demasiado lejos de éstas, de tal manera que sólo se barruntaban las sombras de las rías. Qué duro tuvo que ser el destino de quienes no podían siquiera acercarse a su tierra. Y acaso no la tocaron más. Aunque la sintieran a todas horas.

Aunque Carlos Taibo es un autor reconocido por una trayectoria intelectual sólida y honrada, algunos de cuyos títulos publicados dan buena prueba de ello y son referencia insoslayable en materias tan actuales como el decrecimiento, este libro descubre una faceta que a buen seguro muchos de sus lectores no conocen todavía, a saber, su amor sin límites por un bien precioso como sigue siendo, todavía, el libro.

Los textos de *El lector desmemoriado*, escritos por un bibliofrénico, se interesan por el libro en general y por algunos libros en particular. Si unas veces nacen del sentimiento, en otras ocasiones revelan un peculiar sentido del humor. Para que nada falte, el autor puede presumir, y presume, de una desmemoria privilegiada.

Lo llamativo de estos textos es que invitan a pensar en el doble sentido que se crea, y en las múltiples interpretaciones que surgen, de resultados de un hecho concreto: un lector compulsivo, amante de la literatura en casi todos sus géneros, se convierte a la vez en el escritor que reflexiona sobre los recuerdos, pocos, y las inquietudes del lector, que es él mismo.

De la misma manera, con un giro de doble vuelta, paradójico es que el autor se autodescriba como un letraherido desmemoriado, cuando estas páginas denotan todo lo contrario, repletas de anécdotas, curiosidades y referencias a autores predilectos, pasajes y personajes. Si fuera cierta su desmemoria, qué otras tantas cosas nos estaremos perdiendo y qué vasto universo lector se habrá quedado por el camino del escritor.

Hay que agradecer que Carlos Taibo comparta sus horizontes lectores, desde sus querencias juveniles hasta su predilección por autores, géneros o narrativas de países concretos, para permitir que nos asomemos a tantos títulos de muy diferente índole, al amparo de un «pasen y lean», o de un «pasen y vean». Existen páginas maravillosas allende las costas literarias de lo que se nos da, tantas veces, por hecho.

